



Ángela Prieto Velasco, 74 años.
Antonio Pérez Vicente, 21 años.

Cosas de la selva. El billete sin retorno de Ángela

Se llama Ápiro. Tiene 31 años, pero apenas habla. Se queda mirando, expectante, escudriñando con sus ojos cada palabra que sale de Ángela. Mientras, ella cuenta parte de su vida. Más que con un pan, nació con una guerra bajo el brazo. A los cinco años salió de Madrid con dos de sus seis hermanos y se fue primero a Úbeda, después a Valencia. Su padre no aguantó sin verlos y fue a buscarlos. Regresaron apiñados en un vagón durante cinco días, pero regresaron.

Después de pasar por la escuela, se licenció en Magisterio y llegó a Salamanca para estudiar en un colegio de monjas. Era el camino para irse a las misiones. Desencantada con el panorama –tal vez no ayudaron las cartas abiertas y los regalos que nunca llegaban–, Ángela no cejó en su empeño, pero ya no iría de la mano de las hermanas. Ahí comenzó un viaje de ocho años que guarda intacto en su memoria. Una aventura sin billete de vuelta que la llevó, a sus veinticuatro años y de mano de un grupo de misioneros seculares, a un mundo desconocido.

Mientras lo recuerda, brillan sus ojos marrón oscuro y se mueven sus manos para remarcar aquello que considera relevante. Cuando habla puede parecer seria, pero su coraza se rompe con la primera sonrisa, que le devuelve un rostro casi de niña y le quita casi tres décadas de encima. Cuando se ríe tiene un punto de picardía, como cuando se descubre un secreto inconfesable, como cuando una señora respetable cuenta un chiste subido de tono en una reunión de amigas. Entonces, sus párpados encierran un poco sus pupilas y parece que, si la miras detenidamente, podrías ver en ellas reflejado el mismo Amazonas luchando por salir de su retina.

El viaje fue en barco y allí “pasamos la marola”, afirma entre risas. Tardaron veinticinco días en llegar y pudo conocer La Habana, Jamaica, Venezuela... Al llegar, la destinaron a un internado al que iban varias tribus. Después de dos años, Ángela continuó enseñando por el bajo Lubamba y Cuzco. Allí vivían los piro y los enkas. Luego se fue más al norte, donde conoció a los machiguengas. En todo ese tiempo, la maestra fue coleccionando ahijados y adentrándose en sus costumbres.

Los machiguengas eran nómadas y apreciaban a los varones, pero no a las niñas. “Si tenían un niño y luego una niña, tenías que tener cuidado”, relata Ángela. En una ocasión tuvo que intermediar para evitar que una madre matara a su pequeña. “Si cuando naciste te hubieran tirado al río, ahora no tendrías nada”, le dijo con firmeza. También le pidió que llevara al niño al colegio y cuidara de la recién nacida. Así logró que, al menos mientras ella estuvo allí, la niña sobreviviera. Fue su ángel de la guarda, hasta que finalmente, cuando ella estaba lejos, la niña falleció.

Lima era la siguiente parada. Por una radio con pilas recargadas al sol, los dominicos les dijeron que tenían que llegar hasta el Penal de Sepa para coger un avión, salir hacia Cuzco e ir a Lima. Hicieron una balsa con la madera de los árboles y lianas. Llevaba consigo a una joven que tenía una niña y a una pequeña de dos años que le habían regalado. La mujer que la cuidaba no la quería porque lloraba mucho y estaba enferma. Además, viajaban dos muchachos de la tribu machiguenga que conducían la balsa. Tampoco faltaba un loro sobre el hombre de Ángela, que bien podría parecer una parodia de pirata. “Ese día había crecido el río y llegamos a una



parte donde había un remolino. Nos cogió y nos dio vueltas, como queriendo absorbernos". Mientras tanto, la profesora animaba a todos: "No pasa nada... La Virgen nos protege, Dios nos protege", les decía mientras las aguas jugaban con su futuro. Los niños lloraban a gritos llamando a su ina [mamá]. "De repente, el remolino lanzó la balsa hacia arriba y nos estrellamos". La barca se deshizo y todo lo que llevaban se cayó al río. "¡Menos mal que salimos todos!", recuerda. Al día siguiente, consiguieron una canoa y llegaron al colegio. Después de parar en Lima y reponerse del susto, siguió con su cometido. Esta vez, en la zona de Sepagua.

En su siguiente misión, Ángela se encontró con unos indígenas que, una noche, fueron a buscarla: "Señorita, que vienen unos que no son gente" [ellos consideraban "gente" a los civilizados]. "Vienen matando y venimos a protegeros". Así que se metieron en la casa, hecha de adobe y con tablas de madera de palmera y hojas. Más tarde, llegó una canoa con los extraños. Eran indígenas que buscaban un médico para curar a la madre de uno de ellos. Pero la mujer estaba muerta.

El rito de la muerte en los pueblos del Amazonas está relacionado con la naturaleza. Ángela explica que "cuando se muere alguien, le ponen en una balsa con comida y lo echan río abajo. Cuando más lejos, mejor, porque temen que el muerto venga, los agarre y se los lleve". Sus creencias también hacen que consideren a algunos animales, como los ciervos, intocables, y no los comen porque creen que antes fueron "gente". Del mismo modo, hay un pájaro al que llaman aymama. "La primera vez que lo oí me asusté porque, al anochecer, chillaba diciendo ayyyyy maaaaaama", dice Ángela reproduciendo el sonido mientras Ápiro le responde. Los indígenas dicen que es el espíritu de un niño que se perdió en la selva y que, desde que murió, busca a su madre. Los miembros de esa tribu "eran muy ingenuos, como niños", lo que no impedía que fueran también salvajes.

De hecho, ella ha visto cómo se enfrentaban los piros y los amahuakas. Los primeros vieron a un amahuaka soplando una caña y creyeron que quería embrujarlos. Así que se juntaron y asesinaron a toda la tribu con machetes y flechas. Sólo se salvó una mujer con su niño porque se escondieron. "A ellos no les importa morir ni matar", sentencia la maestra. Pero "si ven que les tratas bien... Son como niños". Tanto adultos como pequeños.

Una vez, Ángela se dio cuenta de que unos niños querían irse con sus padres cuando les fueron a visitar al colegio. No es que no estuvieran contentos, sino que había un choque cultural: "Les pregunté que por qué se iban... Sus padres me respondieron ofendidos: "Es que... Señorita, ¡les hace lavarse todos los días!".

Mientras la maestra vivía una aventura apasionante, su familia en España no sabía nada. Debía volver a los cinco años, pero decidió no regresar entonces porque "si venía, no me dejaban volver". Había justificado su partida con una supuesta beca de dos años para estudiar distintas razas, pero el tiempo pasó. "Además, estuve enferma, me tuvieron que operar. Había paludismo y de todo. Fue el obispo a hablar con ellos y les dijo que estaba en la selva. Mi madre me escribió diciendo que volviera, que me iban a matar". Pero tuvieron que pasar ocho años hasta que regresara.

Para entonces, la vida había cambiado. Del médico con el que salía antes, que también fue misionero, nunca más se supo: "Se entrometieron las peruanas y malmietieron... ¡Salimos tarifando!". Y, precisamente con un peruano, Ángela estuvo a punto de casarse en Lima. Él había salido del seminario, pero "le gustaban todas las



chicas". Al llegar a Lima para contraer matrimonio, le reveló que mientras ella estaba en otra misión conquistó a su sustituta. Además, supo que tenía un hijo de una relación anterior. Así que lo dejaron. Él se fue y ella se quedó allí una temporada hasta que vino a España.

A pesar de que su boda no salió, la maestra acudió a celebraciones entre miembros de algunas tribus. Entre los piros, por ejemplo, los padres cambian a sus hijas por machetes o escopetas. Cuando se casan, "bailan en corro con unos tambores" y hacen una bebida con yuca llamada masato. La dejan fermentar hasta que se forma un licor que a Ángela le asqueaba, porque mastican un tubérculo parecido al boniato que luego escupen en la bebida. "Había un padre que decía que, al hacerse alcohol, se morían todos los microbios". "¡Pero yo he visto cómo escupían esas viejas desdentadas!", le respondía la maestra.

Sus risas vuelven a inundar la habitación mientras sigue contando cosas de la selva. Ápiro sigue pendiente. La verdad es que es un loro peculiar. Lleva décadas viviendo con ella en un séptimo de la Ciudad de los Ángeles, casi más cerca del cielo que de Villaverde Bajo. Allí se agolpan los recuerdos y fotografías junto con cuadros y acuarelas pintados por ella, junto con cartas de sus antiguos compañeros, jarrones de porcelana y platos decorativos. Junto con historias de amores que pudieron ser, rostros de niños agradecidos y ahijados que le deben la vida... Y también junto a toneladas de ternura y hospitalidad. Allí viven los dos, en la Ciudad de los Ángeles... ¡Ah! Claro, ahora lo entiendo todo.

Lo importante de la vida

Para Marisol la vida era una tómbola. Para Ángela, no. No cree que en la vida todo venga dado y no haya nada que hacer, sino que es cada uno el que puede tomar las riendas de su destino y decidir, en cada momento, lo que cree más conveniente o lo que le puede ayudar a crecer como persona. Por eso Ángela cree que lo que hay que hacer es "aprender de todo" e "irse adaptando a los distintos acontecimientos y a las distintas épocas". De hecho, considera que cuando vienen las cosas difíciles, "hay que tomarlas con valentía" porque es un hecho que, durante la vida, "te tienes que enfrentar a cosas que no te gustan".

Para esta maestra, a quién ni la fecha de nacimiento del DNI puede empañar su joven espíritu, lo más importante es "sacarle partido a todo, tanto a lo bueno como a lo malo". Por eso lo mejor de la vida es, precisamente, vivirla con entrega, disfrutar del camino y aprovechar cada experiencia. A ella le ha tocado dormir bajo lluvias tropicales, vivir en sociedades donde la mujer apenas era respetada, sortear situaciones más que difíciles, conseguir la confianza de gente sin esperanza... Muchos podrán preguntarse, como en la conocida película, "¿qué hace una chica como usted en un lugar como éste?", pero lo cierto es, contra viento y marea, ha salido adelante ella sola. Ángela ha decidido siempre por sí misma y cuando una persona, en la veintena, elige dejar todo atrás y ayudar a los que más lo necesitan, es porque tiene las cosas muy claras. A sus espaldas dejó a una España sumida en una dictadura, a su familia, a sus amigos... Todo por un billete sin retorno, un viaje a lo desconocido. Apostó doble o nada... y ganó. No hay más que verla hablar de aquella experiencia. Ella tenía un sueño y lo cumplió. Su recuerdo está tan vivo que "es como si hubiera sido ayer". Luego regresó y trabajó como maestra de enseñanza infantil al mismo tiempo que se dedicaba a otras aficiones más artísticas, como dibujar o hacer manualidades.



Hoy parece una mujer contenta, disfrutando de su tiempo libre y haciendo disfrutar al resto con sus historias y sus pinturas coloridas.

Se la ve feliz consigo misma, relajada, como si no tuviera problemas aparte de una rodilla, que de vez en cuando le da la lata. Y esa felicidad viene de que, en toda su vida, no se arrepiente de nada. Sólo de no haber podido estudiar Medicina.

Para ella, la lección más importante es "ser siempre honrado y no desear el mal a nadie. Lo que no quieres para ti, no deseárselo a los demás".

No lo sabe pero, sin quererlo, nos ha desvelado el secreto de su felicidad: tener algo por lo que luchar... y ser valiente para conseguirlo.